

En las costas de Grecia vivía un gigante llamado Lurmalko. Su gran envergadura le permitía adentrarse en el mar sin perder pie y divisar cualquier expedición forastera antes de que llegase a las costas del país. Para eso, precisamente, lo empleaba Poseidón.

Poseidón, celoso de sus dominios, no dejaba que ningún extranjero llegara hasta sus costas sin su consentimiento. Para evitarlo levantaba constantes temporales que hacían naufragar incluso a las naves más estables. Su actividad era frenética y agotadora por lo que, todos los mediodías, necesitaba descansar con una breve siesta para recuperar fuerzas antes de reiniciar su cadena de galernas. Era en esos breves períodos cuando encargaba a Lurmalko la vigilancia del horizonte con la orden de abortar cualquier tentativa de invasión.

Un mediodía, mientras cumplía con su deber, Lurmalko columbró la llegada de una

pequeña embarcación. Como hacía siempre, procedió a levantar su gran brazo para ordenarle que corrigiera el rumbo y retomara la senda de su estela.

Aquella nave estaba tripulada por Gesolán y su pequeña hija de diez meses que todavía no tenía nombre.

Tras la primera advertencia de Lurmalko, Gesolán quedó callada ofreciendo su mirada clara como una invitación a la conversación. Lurmalko, enfurecido, emitió un gáñido que hizo retumbar las montañas, levantar olas como castillos y estremecer al cielo. Tal fue la fuerza, que el aire se encañonó formando un gran remolino invisible que, en su viaje circular, arrancó todas las hojas de los árboles de la costa y las hizo viajar hasta el lejano horizonte azul. Cuando cesó el rugido, una lluvia multicolor de hojas comenzó a caer mansamente sobre la nave, sobre Gesolán y

sobre su pequeña sin nombre. En ese momento, Gesolán, que hasta ese momento se había sentido abandonada por todos los tiempos, recobró el pulso de su mirada y comenzó a cantar su historia con el solo acompañamiento de la percusión de una piedra blanca sobre el mástil de la mayor.

Lurmalko recibió aquel canto llegado desde el último espacio que precede al silencio con curiosidad y valentía. Decidió no interrumpirlo y, pese a no entender la lengua nativa de la intérprete, comenzó a llorar. Agua salada cayendo sobre agua salada: el llanto siempre es una huida orgánica hacia el mar. Transido de emoción y apurado, se percató de que el temible Poseidón estaba cercano a despertar de su asueto y prometió a Gesolán avisarla cuando se dieran las circunstancias para poder llegar hasta Grecia. Para ello, le aconsejó que estuviera atenta al horizonte a la espera de la aparición de un destello en el

cielo. Gesolán, en agradecimiento, le regaló la piedra blanca con la que acompañaba su música.

Cuando Lurmalko dio el relevó a Poseidón, éste reconoció en su rostro el rastro de las lágrimas y le acusó de haberlo traicionado. Y como poseía el mando sobre toda el agua salada del mundo, le vació de lágrimas la cuenca de sus ojos para que no pudiera llorar nunca más y lo condenó a vagar por los mares en la busca imposible de sus lágrimas en la matriz marina.

Lurmalko intentó sentirse culpable pero no fue capaz. Aceptó el castigo con la dignidad de quien sabe que las cosas tienen sentido. Su pesar era ingente por lo que, de sus grandes órbitas, empezaron a brotar lágrimas de polvo y roca. Cada tanto, se detenía para descansar de su vagabundeo y allá donde paraba, la tierra y rocas que emanaban de sus ojos se iban

acumulando formando un islote. Así anduvo largo tiempo por lo que el mar se fue poblando de cientos, miles de islas e islotes de todos los tamaños. Cuanto más se alejaba de su país, más lloraba y más grandes eran las islas. Así surgieron Creta y Rodas y Samos y Lesbos y Chíos y todas las islas, una por una hasta alcanzar un número mayor a seis mil.

Desde el Olimpo, Atenea vio como día tras día emergían las islas y se acercó a averiguar qué estaba pasando. Cuando encontró a Lurmalko, escuchó de su propia voz la historia de Gesolán y su pequeña sin nombre y cómo la razón de la bondad le había llevado a intentar ayudarlas por encima de la coherencia del deber.

Mientras visitaba las islas, Atenea oyó de los mortales cómo aquellas islas les habían salvado de perecer en sus naufragios. Conmovida, decidió cubrirlas de olivos y les

anunció que los árboles llorarían lágrimas negras mientras Lurmalko no recuperara sus lágrimas saladas.

Los mortales se afanaron en recoger las lágrimas negras para ofrendárselas a Lurmalko. Éste las recibió con emoción y agradecimiento, pero no pudo evitar que la ira y la frustración reaparecieran y terminó por aplastarlas con sus enormes pies. Así fue como, de a poco, entre los hollejos, se fue decantando un líquido solar, rutilante, oro habitado por el verde. Lurmalko se lo llevó a los labios y, como si de un milagro se tratara, sintió que todo volvía a tener sentido.

Asistido por el influjo de Atenea, razonó y entendió que aquel oleoso néctar podía amansar la furia de Poseidón. Organizó con los mortales la recolecta de todas las lágrimas negras y se afanó en su prensa. Por un lado, recolectaban el aceite en grandes tinajas y por

el otro fue acumulando sus negros despojos, que mucho tiempo después dieron en llamar “amurca” o “alpechín”, en un punto del oriente que mucho tiempo después dieron en llamar “península del cabo negro”. Poco a poco todos los elementos de esta historia se fueron recomponiendo, encontrando su lugar y su nombre. Todos, salvo la pequeña hija de Gesolán...

Cuando llenaron un número suficiente de tinajas, Lurmalko pidió audiencia a Poseidón para solicitar su perdón con la ofrenda. Poseidón quedó encandilado por la misma y restituyó inmediatamente a Lurmalko en sus funciones.

Al reincorporarse a su puesto, lo primero -y lo último- que hizo, fue colocar en la cumbre de la península del cabo negro la piedra blanca que le había regalado Gesolán de tal manera que, todos los días, exactamente

durante el periodo de tiempo que duraba la siesta de Poseidón, los rayos de sol incidían sobre la piedra con el ángulo exacto como para generar un destello que viajaba hasta la costa del lejano continente. De esta manera Gesolán, y con ella todos sus iguales, supo cuándo podía cruzar el mar en dirección a Europa sin peligro de ser devorada por las olas y así, perseverar en el objetivo de lograr encontrarle un lugar y un nombre a su pequeña hija de diez meses.